

Frente libertario

Madrid, 2 de septiembre de 1938

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro

NUMERO 567

LAS COSAS CLARAS

Es la mejor manera de colocar a cada cual en el puesto que le corresponde

Siempre hemos creído que la claridad en todas las palabras y en todas las conductas era algo absolutamente necesario si queremos lograr los objetivos de libertad y de victoria que nos hemos propuesto como resultado y consecuencia final de nuestra lucha. Y a medida que la lucha se hace más áspera, más dura, y los momentos adquieren el perfil de lo decisivo, de lo históricamente trascendental, nos afirmamos más y más en nuestra creencia.

Al pueblo, que es, en definitiva, el que logra la victoria, no se le convence con razonamientos retorcidos.

Porque el alma popular es sencilla, es ingenua, no comprende las posturas complicadas, ni son de su agrado las frases de doble sentido. Por otra parte, es preciso tener también en cuenta que ese pueblo, que puede incluso llegarse a interesar por la significación de determinados silencios, cuando esos silencios persisten en medio de los ataques abiertos y públicos, terminan por pensar, con razón además, que quizás el silencio tenga unos motivos y un origen distinto al que pretende dársele o atribuirle quien lo mantiene; en una palabra, cuando el silencio se prolonga sin lógica ninguna, el pueblo termina por dar la razón a los adversarios de quien lo aguarda.

Ocurrió entonces lo que tenía que ocurrir; la primera vez que sonó en el ámbito de la España antifascista aquella frase de ¡Ay, si hablara!, por la piel de más de uno de nuestros camaradas de lucha que no se encontraba en el secreto, en la trama íntima del personaje en cuestión, corrió con toda seguridad un brívido de emoción; y en su mente surgió una pregunta: ¿Qué pasará? Después, ya más familiarizado con las palabras amenazadoras del "que iba a hablar", terminó por no concederles demasiada importancia; y al final, un estrépito de corro de chiquillos bordonaba por todas las calles de Madrid: ¡Que hable! ¡Que hable! ¡Que hable!...

Ese ¡Que hable!, repetido una vez y otra en el tono del ¡Que hable!... con que se acoge la presencia de los osos de los zingaros, comenzó a cavar la fosa del personaje que había de ser sepultado. "Al menos

por bastantes meses", por una frase irónica en tiempo de milonga.

Así acabó el silencio que quiso ser trascendental en esta España de verdades a gritos. Y así pueden también terminar todos los silencios que se intentan hacer escandalosos, aunque en realidad tras ese silencio se encuentran problemas y cuestiones efectivamente trascendentales.

Mediten, pues, todos los que quieren especular o hacer valer sus silencios sobre la psicología de nuestro pueblo y sobre las consecuencias catastróficas que para ellos puede tener un silencio excesivamente prolongado, máxime cuando arrecien los ataques abiertos o encubiertos de quienes a su sombra crecieron y que ahora pretenden desbancarlos. Entre nosotros los métodos jesuíticos están en pleno descrédito; y nadie, por larga que sea su historia de luchador proletario puede, impunemente, emplearlos.

Las cosas claras, las verdades firmes, los pensamientos sencillos, los razonamientos escuetos, como un silogismo directo; así es como se cala hondo en el alma del pueblo español, que no sabe ni quiere saber de ratinagos ni de ventajillas. Y ahora, cuando estamos asistiendo al parto con dolor de nuestra dignidad de la libertad de nuestro pueblo, de la independencia de nuestra patria y de la claridad de nuestro futuro, hay que ser más escueto, más sincero y más valiente que nunca.

Basta, pues, de silencios que quieren ser significativos; no puede valorarse el sacrificio que con ellos se realiza, porque lo que en definitiva resulta sacrificado es el final victorioso de nuestra lucha. Y tengamos todos presente que decir tímidamente, entre bastidores, bajo cuerda, un defensa, es dar pie y argumento para que se desencadenen en público los más violentos ataques contra quien, de una manera tan mezquina tan poco gallarda, intenta defenderse.

Porque el pueblo, que anhela esquilmas, que aspira a lo simple y lo claro por encima de todo, termina indefectiblemente por preguntar cuando se encuentra frente a silencios excesivamente prolongados: Si tienes razón, ¿por qué callas? Si tienes culpa, ¿qué hablas?

Leed C. N. T.

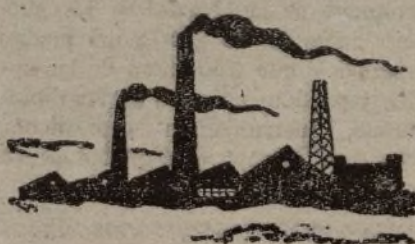
Romances de C. N. T.

¿POR DEBAJO DE LA CUERDA?

Si en valentía te dices cuanto de orgullo te sobra los braquillos que te ladran te lamerán las botas. "Perro que ladra no muerde..." si ve que el palo le ronda; pero, si no, ten cuidado, que hasta las piernas te moja. Si dignidad no te falta, ¿por qué te "callas la boca" cuando en la plaza te afrentan los crecidos a tu sombra? Si de tu celo y tus canas "recién llegados" se mojan, ¿por qué no sube a tus labios lo que tu pecho desborda? Si cincuenta años de lucha, de probidad, te aureolan, ¿por qué toleras que un Tal te acuse de cualquier cosa? Si no te falta razón, ¿por qué, con callar, otorgas que en público te la nieguen los que medran a tu costa? Si cuando callas por bien, los otros, a mal, te toman por el pito de un sereno, por el palo de la escoba, ¿qué — ¡Cristo! — ganas callando, qué vale tu punto en boca, y, al fin, por qué tu prestigio con tu verbo no recobras? Por tu nombre, por tu causa, por medio siglo de historia, que es carga sobre tus hombros, bajo algunos pies alfombra, di al pan, pan; al vino, vino; prende tu llama en su estopa; pero sal de tu escondite, para que nadie se esconda. Lanzón de lid en la mano, que no caña de pandorga, traerás al campo, si en verdad de caballero blasonas. Y si eres largo en afanes, por serlo no se acomodan a tu altiva condición ni los juegos ni las bromas.

Tirar y esconder la mano, hablar sin abrir la boca, no moverse ni estar quedo, nadar y guardar la ropa, resultan a la sazón trucos pasados de moda, y a quien en ellos confía, traicioneros, le traicionan. Las palabras, como el trueno, la razón, como una antorcha; las protestas, cara a cara; la basura, por la borda, que en estos tiempos de guerra valientes ganan victorias cuando sueñan los cobardes ganarlas por carambola...

PRADAS



El pueblo, con su fino instinto de percepción, no se equivoca nunca.

Podrá distraerse, con más o menos aparato de fuerza, o con mayor o menor habilidad; pero, a la larga, en definitiva, el pueblo vuelve naturalmente a su camino, del que le apartó la fuerza o la habilidad.

El pueblo, en general, hace sus hombres. Y los deshace. Los deshace a fuerza de usarlos y porque los ha hecho.

Ahora bien, cuando a un pueblo "se lo hace" un hombre, ya pierde éste el carácter de producto popular para descender simplemente a la categoría inestable de ídolo.

Y la existencia de los ídolos es siempre de carácter provisional.

El hombre "hecho" para un pueblo, como generalmente, no tiene savia de ese mismo pueblo. no puede interpretar cumplidamente los anhelos populares y esa imposibilidad arrastra fatalmente al ídolo a imponer sus ideas por cuenta propia es decir, tiránicamente.

Y ya está hecho el dictador.

Y ya empieza la carrera desenfrenada del abuso del poder personal.

Y ya empiezan los mandatos de la voluntad única, regida por el cerebro único, con anulación completa del consejo colectivo.

Y vienen las grandes equivocaciones; y vienen los grandes negocios y las grandes catástrofes.

Y viene el silencio de la impunidad, respaldado por el poder de la fuerza.

El pueblo, que primero flota en el mar del desconcierto, se orienta luego en fuerza de vejaciones y represión...

Y el pueblo, que, inconscientemente, forma la base del ídolo de turno, se estreñece con fuerza y el ídolo cae.

Cae... pero su caída no es bastante para curar las heridas que ha hecho en la carne popular.

Caerán todos los ídolos impuestos a los pueblos, caerán...

Y el pueblo no admitirá más ídolos impuestos, que al pueblo sobra material en su propio seno para no caminar al dictado de una sola voluntad, de un solo cerebro, por muy privilegiado que sea.

2121000 2121000

S. U. de las I. del P. y A. G.-C.N.T.

Lead CASTLE LAUREL

Leen CASTILLA BERN

Ayuntamiento de Madrid